

lenguaje *montañés* para sus novelas, que necesitaba un diccionario al final de ellas.

Y hasta *Madrid* —centro de la lengua oficial— pagó tributo a la atomización del sentido universal de la lengua, buscando un lenguaje «castizo» —el *madrileñismo* de los sainetes—. Al mismo tiempo, las antiguas *Provincias americanas*, dentro de esta línea de *libertad* (fomentada además económicamente por el nuevo Imperio surgido, el inglés), se separaban de la metrópoli lingüística, tratando de justificar lenguajes de raíz indígena, vulgarismos criollos, que pudieran independizarse del común y paterno idioma español.

Junto a esa desviación alarmante del *Casticismo*, que produjo el *secesionismo idiomático* (ley que ya se dió en el Imperio romano, en el islámico, con el *oubismo* y probablemente hasta en el primitivo imperio indoeuropeo prehistórico), actuó la otra desviación complementaria del *Purismo*. Surgiendo el tipo de escribir «académico», «tradicionalista», imitador de los antiguos clásicos españoles, ahora ya en un mundo anacrónico, donde trepidaba el vapor y empezaba a funcionar la electricidad.

A pesar de los ilusos «puristas», la corriente histórica seguía introduciendo vitales *galicismos* (*trousseau, bouquet, soirée, croupier, menú, buffet, reprise*). Y voces y expresiones de una nueva cultura extranjera triunfante en el mundo: la *anglosajona* (*lunch, club, garden party, flirt...*). Emigrados políticos liberales llegaron a escribir en inglés y francés.

La Academia Española, impotente para cumplir su fin de «dar esplendor» al idioma volviéndole a su Edad de Oro, se limitaba a la paciente tarea de «fijar» y «limpiar», recogiendo innovaciones y neologismos, cuan-

do ya la vida con su fuerza y uso los «autORIZABA».

* * *

Sin embargo, hubo espíritus que en pleno siglo romántico iniciaron el ideal de volver a equilibrar «lo popular y lo nuevo» con una lengua que siendo «tradicional» reflejase la vida del tiempo. Entre ellos estuvo don Juan Valera, cuya novela *Pepita Jiménez* (1874) estaba nimbada de una delicada clasicidad nueva. Pero sobre todos se irguió el genio de don Marcelino Menéndez y Pelayo, que, como un titán, asumió el esfuerzo heroico de desentrañar el verdadero genio de España, pulverizado en las terribles luchas agónicas de dos siglos. De él iba a arrancar el Renacimiento hispanida del siglo xx: en la conciencia, en la literatura y en la lengua.

3) *La Lengua española en el siglo xx.*

Los frutos ideales de la anunciación hispánica de Menéndez y Pelayo hacia un espíritu *Koiné* o común (como se llamara en Grecia el helénico que unificó toda diferencia local o temporal), no se hacía esperar.

La tendencia «casticista», dejando elucubraciones empíricas, se encauzó, al fin, en sistema científico. Y el resultado fué la labor prodigiosa de un discípulo de Menéndez y Pelayo —Menéndez Pidal— con su fecunda Escuela de Filología española. Los *Clásicos* fueron ya editados en ediciones sistemáticas, críticas y orientadoras.

Los escritores llamados del 98 ayudaron a despertar la conciencia nacional (sacudida por el último desastre colonial de España), recorriendo apasionadamente paisajes, almas, tipos, ideas y suscitando una mística por la misión unificadora de Castilla en la